

I. San Pablo afirma que "en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (Rom 8, 28). Afirmación excesiva a todas luces y sólo comprensible del todo por aquellos que en su noche oscura han visto sus heridas tocadas por Dios y convertidas en una fuente de vida nueva (Jn 19, 34). Pero en plena vivencia de la debilidad, cualquiera que sea, ¿quién no suplica para escapar en vez de pedir beber el cáliz hasta el fondo donde renace la vida? (Mc 10, 38). Éste es, sin embargo, el camino que recorrió Jesús para convertirse en un regazo comprensivo y sanante de nuestras heridas (Heb 2, 14-18; Lc 22, 39-46). Éste es también el camino de sus discípulos que confortados por su presencia en sus pruebas, luego pueden derramar su consuelo a través de su entrega a otros (2Cor 1, 3-4.6).

II. El camino es largo y, muchas veces, de difícil comprensión. así fue para los primeros discípulos que no querían mirar de frente la pequeñez de los caminos del Reino, la debilidad de sus vidas (Mc 14, 29-31) y los dolores necesarios para alcanzar la vida verdadera (Mc 8, 31-33). Nuestras dificultades, heridas, angustias, desprecios, enfermedades, defectos, pecados... son sentidos habitualmente como un peso infame, como un castigo de la vida que oscurece la belleza de la creación, viendo sólo lo que no tenemos, la belleza de los que nos rodean creando envidia y resentimiento, y nuestro propio valor haciéndonos creer que somos despreciables e indignos de recibir amor. Son estos sentimientos interiores los que nos destruyen, los que permiten que una parte deficiente de nuestro ser se haga con el poder de todo el reino de nuestra vida. Nos hacemos así esclavos de Satán que no es capaz de mirar con la sencillez de un corazón limpio, sino que desde el principio es el espíritu de la sospecha, de la acusación, de la envidia, del resentimiento. Vivimos, entonces, golpeando nuestras propias heridas con sus insinuaciones, en vez de aprender a acariciarlas con la ternura de Dios. ¿Quién nos enseñará a vivir nuestra debilidad? Sólo esto nos salvará y sólo así encontraremos la vida que Dios quiere para todos.

III. Cristo se acerca y nos mira ofreciéndonos el misterio interior que nos habita y que no es otro que el amor de Dios que nos quiso (nos amó y por eso nos quiso aquí), que nos atraviesa hasta llegar a nuestro corazón maltrecho. Sospechamos de la mirada de los demás, sospechamos del brazo de Dios, renegamos contra nosotros mismos... porque no aceptamos que somos pequeños, pobres, pecadores, mortales... y que, aun así, somos amados y podemos amar, hemos sido bendecidos y podemos bendecir.

¿Podría un presuntuoso como José salvar humildemente a sus hermanos? ¿Podría un tartamudo como Moisés convencer al faraón? ¿Podría un pequeño pastor vencer a un guerrero gigante como Goliat? ¿Podría anunciar Pedro el Evangelio después de haber negado a Cristo? ¿Podría ser amada la adúltera despreciada de todos? ¿Podría ser generoso un ladrón 'legal' como Zaqueo? ¿Podrían unos hombres miedosos enfrentarse a torturas por ser fieles a Dios? ¿Podrían enseñar a vivir en plenitud esa masa de pobres y analfabetos que se reunían en Corinto para adorar a Cristo? ¡NO! A no ser que Dios transforme el corazón del hombre con la fuerza de su amor y le haga descubrir que el Reino es de los pequeños que se hacen grandes en las manos de Dios. Ya lo advertía Cristo a un Pablo preocupado por arrancar la espina que le angustiaba: "te basta mi gracia" (2Cor 12, 7-10).

IV. Si las heridas vividas de la mano de Satán son siempre mortales, de la mano de Cristo tienen un verdadero poder de renovación. Pero *ATENCIÓN*, ¡que nadie juzgue a otro si no es capaz de comprenderlo o vivirlo! Sólo Dios conoce el misterio de nuestro corazón. Nos toca a cada uno abrirnos sinceramente a la presencia de Cristo para que Él nos cure haciendo que las heridas y fracasos hagan humilde nuestro presuntuoso corazón, haciendo que las enfermedades y angustias nos hagan reconocer agradecidamente el afecto y los bienes que nos rodean, haciendo que el dolor nos acerque a los sufrimientos de aquellos a los que no terminamos de comprender mirando desde fuera, y nos haga misericordiosos, haciendo que descubramos que toda herida necesita un médico y que muchas heridas esperan de nosotros un corazón samaritano, haciendo que nos entreguemos a Dios confiando en que Él dará plenitud a una vida siempre demasiado estrecha en este mundo.

Cuando nuestro dolor se une a la presencia de Cristo y aceptamos cargar con su yugo (Mt 11, 28-30) aprendemos que el dolor sólo se apacigua reconociendo y ofreciendo amor, y que todo resentimiento, envidia, queja insultante... sólo añade dolor al dolor. ¿Nos hará sentir Cristo que nuestras heridas pueden convertirse en fuente de bendición? Él nos invita a velar y orar a su lado en Getsemaní (en el suyo y en el nuestro) para conseguir que nazca esta bendición de Dios en nosotros. Nos invita a suplicar por todos los que sufren. ¡En tantos el dolor sólo es oscuridad!

A mediodía se oscureció el sol y sólo llegó el alba con la resurrección del cuerpo herido y muerto de Cristo. Confiemos. Ojalá las heridas resucitadas de Cristo alimenten nuestra esperanza. Dios nos ama y no dejará que la oscuridad sea nuestro hogar.

Reflexión - Meditación - Oración

Después de leer la ficha detente a meditar con las siguientes pautas:

* Lee la historia de José (Gn 37-50). Fíjate en su presuntuosa y falsa fuerza inicial, en la debilidad impuesta por sus hermanos y por la mujer de Putifar, en su ayuda mientras está en la cárcel a personajes más poderosos, en su progresiva conversión hasta sentir que su historia de dolor ha sido buena para otros, en cómo sus hermanos se unen a él cuando entran en debilidad. Fíjate cómo en medio de situaciones de dolor y debilidad se hacen presentes los planes de Dios.

→ Dialoga con Dios los detalles que te llamen más la atención. Pide humildad, saber sobreponerte a la adversidad o a tu debilidad encontrando cómo seguir haciendo nacer de tu vida lo que Dios espera.

* Medita las palabras de Cristo en la última cena (Lc 22, 14-20). Fíjate en cómo Cristo hace de su vida rota un don de sí mismo para sostenernos alentarnos, acompañarnos, salvarnos (también 1Pe 2, 24).

→ ¿Qué significa para ti la escucha continua de estas palabras en la misa? ¿Qué crees que Cristo te ofrece en ella para sanar tus heridas y hacerlas fuente de bendición?

* Haz una pequeña historia de tus debilidades y adversidades, de cómo encontraste fuerza, de la presencia de Dios en ellas, de qué poso te han dejado (para bien o para mal). Intenta descubrir en oración cómo hacer de los males que has padecido o sufres una fuente de bendición (ten como telón de fondo el texto de Rom 8, 28).

* Reflexiona sobre esta frase y coméntala en grupo:

El Evangelio es un consuelo duro de vivir porque no nos permite encerrarnos en la queja y la recepción de atenciones simplemente, sino que nos empuja a cargar con el yugo de vivir las situaciones como Cristo lo hizo para sacar vida para nosotros y para todos hasta de la cruz que más nos pesa.

→ Puedes orar con Teresa de Calcuta su oración "Aprender a amar".

* Reflexiona sobre este texto y coméntalo en grupo:

"El conocimiento propio significa contemplarse a sí mismo con sus sombras, sus heridas y sus lugares sensibles, con las heridas que me han inferido, con el resentimiento y la amargura que han fijado en mi interior. Sólo cuando contemple mis heridas con sinceridad seré capaz de entender al otro. Y, sobre todo, el conocimiento propio nos hará ser misericordiosos (...) Sólo si descendemos al fondo de nuestra alma llegaremos hasta la fuente que hay en nosotros y que nunca se agota, hasta la fuente del Espíritu Santo, el único capaz de curar nuestras heridas". (A. Grüm)

→ Pide a Dios que te ayude a buscar y encontrar esa fuente.

4. Bendita sea mi debilidad.

Señor de la verdad,
¿de quién aprenderemos a mirar la vida sino de ti?
¿quién nos enseñará a comprendernos sino Tú?

¿Quién nos hará caminar
entre las heridas del cuerpo y las del alma
hasta hacerlas sangrar compasión
por todos los que sufren?
¿Quién nos hará caminar
entre nuestras debilidades y fatigas
hasta que nos abran los ojos agradecidamente
a los brazos que nos rodean y sostienen?
¿Quién nos hará caminar
entre nuestros fracasos y pecados
hasta que aprendamos la humildad
y arranquemos de nuestro corazón
todo juicio sobre los demás?

Sólo tú, Cristo herido,
que abres tu corazón y haces brotar de él
mansedumbre y comprensión como casa abierta para todos.

Sólo tú, Cristo débil,
que inclinas la cabeza hacia el seno del Padre
y nos regalas una fe que vence todo dolor.
Sólo tú, Cristo fracasado y enterrado,
que te entregas a la oscuridad
para que tus ojos guíen a quien tenga que caminar en ella.

¿De quién aprenderemos a vivir y a sufrir,
de quién a amar y a confiar sino de ti,
Carne bendita de Dios entre nosotros?